

Unidad y desintegración en el mundo

*Eugenio Anguiano Roch**

1. Modernismo, internacionalismo y nacionalismo

El modernismo es un concepto esencialmente occidental; es decir, un término insoslayablemente eurocéntrico y sumamente abstracto. Una categoría de valor integral, total, un sistema cerrado y rígido en sus definiciones internas y que a veces se confunde con el concepto cultura, que es otra categoría absoluta y distinta. Hay, desde luego, interacciones en, por ejemplo, considerar que la modernidad implica cambios de patrones culturales que la distinguen de lo antiguo o primitivo. De la misma manera, se habla de culturas tradicionales, antiguas o modernas, pero cada concepto es cerrado, total y distinto del otro.¹

Aunque es común pensar que las sociedades han vivido un “proceso de modernización”, que pasa por etapas evolutivas análogas a un proceso biológico, de lo primario a lo superior, como concepto abstracto se dice que representa la meta final, una cima de la evolución histórica, que es estable. Ciertamente, algunos hablan del post-modernismo, antinomia obligada de la idea del pre-modernismo, como un estadio superior; no obstante, para otros,² el post-modernismo no es más que un cambio cualitativo de la estructura cúspide y estable; algo que está dentro de las fronteras de la modernidad y no que las trasciende.

La modernidad concebida así, como una estructura total, es vista también como un logro de la civilización occidental que tiene, naturalmente, raíces y pasado, del cual toma elementos para nutrirse. No es algo que partió de la nada, aunque su arranque cronológico se sitúa a partir de las revoluciones científicas

* Embajador de México en Brasil.

¹ Para una brillante reflexión de Jacques Derrida sobre la naturaleza de las estructuras cerradas, ver “Structure, Sign and Play” en la obra coordinada por el mismo Derrida: *Writing and Difference*. Chicago, Ill., Chicago University Press, 1978. p. 278-280.

² Ver, por ejemplo, Benjamin I. Schwatz. “Culture, Modernity and Nationalism: Further Reflections”. *Daedalus*. [s.l.] Summer 1993, p. 207-225.

de los siglos xvi y xvii, mismas que tomaron muchas cosas de la antigüedad; del pensamiento pre-socrático y platónico. Para muchos pensadores, la esencia de la modernidad es la revolución tecnológica y/o la racionalización económica-tecnológica. Para otros, más orientados a las cuestiones de la ética social, la modernidad es la liberación del individuo de toda autoridad, humana o sobrenatural. Algunos más, en fin, ven en la igualdad de todas las condiciones de vida humana la última meta de la modernidad.

En el pensamiento filosófico y religioso hay quienes subrayan que, en la modernidad, la ciencia ha reincorporado totalmente lo humano al universo reduccionista de la biología darwiniana, o de la física molecular, mientras otros ven una fractura radical entre las categorías humanas y no humanas. En todo caso, ya sea que la esencia de lo humano caiga dentro del ámbito del ser mismo, o de la cultura, el sistema social, el lenguaje o el proceso histórico, lo cierto es que el ser humano está moldeado por fuerzas que actúan en el dominio antropocéntrico. De allí que parezca ocioso el debate de si el cambio de sociedades pre-modernas a la del hombre faústico de la modernidad, lo produce el individuo o la sociedad; pero, tal debate ha estado presente desde el inicio de la actual civilización occidental.

Este esfuerzo intelectual por conocer los factores y las interrelaciones que dan paso al proceso de modernidad, ha dado lugar a una variedad de interpretaciones que se convierten en ideologías. Así, el “individualismo”, como corriente de pensamiento, asume multitud de formas, desde aquéllas influidas por la concepción de autonomía moral de Kant, hasta el individualismo romántico del siglo xix y el individualismo de la escuela económica clásica.

La relación entre libertad individual e igualdad sigue siendo objeto de continuo debate, desde su planteamiento en la revolución francesa. La vinculación del crecimiento económico y tecnológico con las dimensiones ético-sociales de la modernidad, también ha sido objeto de acalorados debates encasillados por ideologías divergentes y conflictos desde Rousseau y los enciclopedistas, hasta nuestros días.

En el ocaso del siglo xx, con el derrumbe del llamado “socialismo real” se viene abajo asimismo aquella visión radicalmente antiliberal del comunismo que parecía haber ganado una muy firme posición en el siglo actual. Con ello ha habido un resurgimiento, en los países capitalistas, de la vieja convicción liberal de que la esencia de la modernidad está en la búsqueda del binomio democracia constitucional y capitalismo de libre mercado; no hay, sin embargo, claridad ni unanimidad sobre la naturaleza de la relación entre ambas categorías. La noción de que el meollo de la modernidad cabe en la dicotomía entre “individualismo y colectivismo” permite hoy calificar,

con bastante arbitrariedad, a la ola antiliberal de mediados del siglo xx, de pre-modernidad.

Marx había acometido el análisis de la modernidad dentro de su enfoque materialista-dialéctico de la historia. Para él, los cambios que se venían dando desde la formación de las sociedades capitalistas no sólo eran un avance frente a las sociedades pre-capitalistas y feudales, sino se caracterizaban por sus vertiginosos cambios, que volvían inestables todos los valores de la civilización previa. “Todo lo sólido se disuelve en el aire”, decía Marx, para significar que la evolución de las formas sociales de producción en el capitalismo eran tan rápidas, que a la par de garantizar una tasa de acumulación desconocida por el feudalismo, alteraban todas las superestructuras de la sociedad: religión, cultura y educación, conocimiento humano y su aplicación a la producción, ética y moral y, por supuesto, el Estado y su organización. Todo lo moderno es volátil, según la concepción marxista, pero superior a lo que le precedió y capaz de avanzar a nuevos estadios, cambios cualitativos, de lo moderno.

Para Max Weber,³ la substancia de la modernidad está en el proceso de racionalización, que involucra no sólo el orden económico sino también los de carácter político, militar y legal. Weber se concentra en la vida interior de los individuos, pero también se aventura, en su reflexión más general, en los campos de la política y la economía del capitalismo, como preocupaciones recurrentes y paralelas. Pone énfasis en la racionalidad de las grandes organizaciones colectivas y en lo que cáusticamente identifica como la burocratización de la sociedad moderna. Según Weber, los Estados absolutistas de los inicios del periodo moderno, entendido éste de acuerdo con la clasificación más convencional de la historia, no fueron simplemente extensiones del feudalismo pre-moderno sino que, de muchas formas, el absolutismo sentó las bases de la racionalización de múltiples aspectos de la vida social contemporánea.

Aquí se está tocando un aspecto muy importante y que en su interpretación como fenómeno cognoscitivo, dentro del análisis de la modernidad, de aparente contradicción con la manera concreta en que una idea se va manifestando a través del tiempo. Se trata del concepto del Estado, su origen y evolución por un lado, y su existencia y racionalidad dentro de la perenne revolución tecnológica, económica y social que es la modernidad, por el otro.

El surgimiento de los Estados nacionales laicos, aunque fueran monarquías más o menos parlamentarias, pero ya no estrictamente absolutistas, es una característica de la era moderna. Las transformaciones sociales estadounidense, francesa y alemana le dan nuevas connotaciones a la legitimidad de la autoridad

³ Ver, sobre todo, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. London, Unwin Hayman, 1989.

del Estado y al papel que corresponde a la sociedad en una relación gobernante-gobernado, no derivada de un orden sobrenatural, sino “contractual” y laica, aunque fuera clasista, según la interpretación marxista. Esta correlación Estado-sociedad, se da en una redefinición de fronteras nacionales que se dibuja a lo largo del siglo XIX y que del etnocentrismo europeo y su proyección en naciones emergentes como Estados Unidos, o tradicionales pero inmersas en profundas reformas internas como Japón, se extiende a las regiones periféricas, atrasadas o encerradas en un estancamiento o decadencia social, colonizando parte de ellas, o sujetándolas a un dominio económico y político (neocolonialismo).

Es decir, la modernidad como proceso histórico avanza en forma desigual y Estados con sistemas más racionales (jurídica, política, económica o socialmente hablando), conviven con otros más absolutistas que constituyen imperios en ascenso (la Alemania de los Hohenzollern o el imperio austro-húngaro de los Habsburgo), o en franca decadencia (la Rusia de los Romanov y el imperio otomano). Y en medio de las fuerzas modernistas, repúblicas con democracias representativas y monarquías parlamentarias, y aquellas que defienden un *statu quo*, quedan Estados nacionales débiles o en formación. La revolución francesa precipita cambios ideológicos y políticos en toda Europa y otras regiones como las colonias españolas en América y muy pronto es considerada una amenaza para otras naciones europeas, especialmente las organizadas en sistemas monárquicos; surge así una “Santa Alianza” contra la república laica instaurada en Francia y en su seno aparece el golpe militar (18 brumario).

2. Los Estados nacionales y el nacionalismo

Con el advenimiento de Napoleón Bonaparte, la energía liberada por la revolución se canaliza a la exaltación de lo nacional y del nacionalismo francés, que sirve a los propósitos del militarismo napoleónico y a la expansión de un efímero imperio que, en su momento, tuvo tintes de modernidad (fortalecimiento de instituciones sociales y jurídicas con la introducción de un código civil, etcétera). Las “guerras napoleónicas”, como se conoce a esta etapa de la historia, forzaron cambios radicales en el mapa europeo y precipitaron los movimientos independentistas en la América española; todo ello junto con un creciente nacionalismo.

Con la derrota de Napoleón I aparece un gran esfuerzo de diplomacia multilateral en la Conferencia de Viena de 1814-1815, en donde destacó la

capacidad política y organizadora de Metternich. El evento concluyó con la firma del Tratado de Viena, que puede considerarse como la piedra fundacional del espíritu que campeó en el orden internacional del siglo XIX. Al poner fin a las guerras napoleónicas, los negociadores del congreso buscaron la contención de Francia como potencia preponderante y la eliminación de nuevos riesgos revolucionarios, utilizando para ello el principio de legitimidad de los Estados, que era el corazón de la ideología conservadora de Europa y, a la vez, la base de acuerdos territoriales prácticos, contra cualquier agresión francesa futura.

Por más de cuarenta años, los acuerdos de Viena constituyeron el marco dentro del cual se resolvieron disputas entre naciones-Estado, a través de la negociación y sin el recurso de la guerra. “El poderío ruso y austriaco —señala un historiador—, el primero como reserva, y el segundo como la fuerza principal en Europa Central e Italia, fueron los dos polos sobre los cuales se apoyó el sistema de Viena, de 1815 a 1848.”⁴ Este periodo de restauración de monarquías en la parte continental de Europa, se dio a la par de una intensa actividad política y una efervescencia revolucionaria que fue controlada con cierta facilidad por el orden establecido. La herencia ideológica de la revolución francesa (gobierno representativo, soberanía popular y libertad individual y de expresión), fue el abrevadero de un nacionalismo nunca visto hasta entonces y que se presentó como parte del liberalismo político y económico de la época. Sin embargo, nacionalismo y liberalismo fueron esencialmente opuestos, por lo menos durante la primera mitad del siglo XIX; más bien se complementó el nacionalismo con el conservadurismo que hizo posible restaurar el *statu quo*, con la protección de la llamada Santa Alianza integrada por Rusia, Prusia y Austria.

La estabilidad política promovida por el Tratado de Viena, empezó a verse amenazada desde la década de los años cuarenta, cuando dificultades económicas, escasez de alimentos y otras tensiones sociales quebraron la paz interna en prácticamente toda Europa, con la excepción de Gran Bretaña, inmersa en un franco proceso de industrialización, y Rusia. La gran hambruna de Irlanda en 1846 y la recesión comercial en Europa Central trajeron desempleo generalizado. En febrero de 1848 estalla la violencia revolucionaria en Francia y Luis Felipe abdica, ante la pérdida de apoyo de la emergente clase media, que simpatiza con los revolucionarios en la demanda del sufragio universal. La república queda finalmente restablecida, pero se contiene la sublevación popular.

⁴ J. M. Roberts. *History of the World*. Ed. rev. [s.l.] Penguin Books Ltd., 1988. p. 689. Todo el capítulo 3 de esta obra. “Political Change: a new Europe”, ha servido de información para los párrafos sobre nacionalismo en el siglo XIX.

En Italia y en Europa Central hay levantamientos contra gobiernos que se consideraban opresivos, porque no eran liberales, con la exigencia de la proclamación de repúblicas constitucionales. En Austria, la revolución que manda al exilio al canciller Metternich, arquitecto del orden conservador, ocasiona el desplazamiento del control austriaco sobre Europa Central. Los Estados alemanes se sienten más libres de actuar sin el temor de una intervención austriaca y lo mismo ocurre con otras nacionalidades dentro de los dominios de Viena (italianos sublevados en Lombardía y Venecia, revueltas de húngaros en Budapest y checos en Praga, etcétera). En el fondo, lo que estos movimientos buscaban era la independencia nacional; si esgrimían la reivindicación constitucionalista era porque así se atacaba la esencia de las dinastías autocráticas.

Los verdaderos liberales que intentaron capitalizar las revueltas populares, formadas básicamente por gente de las ciudades y no por campesinos, fracasaron en el intento de instaurar repúblicas constitucionales porque ello se hubiera traducido en la formación de naciones en territorios localizados en Polonia, Bohemia o el sur del Tirol, que estaban bajo la jurisdicción de los imperios centrales. Por eso la revolución en los Estados alemanes fracasó, pues los *junker* prefirieron el acercamiento a Prusia, para fortalecer el “espíritu alemán” (*volkstum*), independiente de Austria, y los liberales los siguieron; la nación primero, luego la revolución.

3. Reacomodos de esferas de influencia y confrontación imperial

La ola revolucionaria fue aplastada y el *ancien régime* quedó fortalecido, pero con cambios en su composición interna que respondió a un reacomodo de posiciones entre imperios ascendentes y decadentes. Salvo Gran Bretaña parcialmente y Estados Unidos totalmente, aquella una monarquía parlamentaria y potencia industrial con un régimen democrático interno en evolución, y ésta una nación nueva en expansión territorial, a expensas de México, en camino de convertirse en potencia del Atlántico y del Pacífico, todas las demás naciones consideradas desarrolladas para su época, se enfrascaron en una lucha política y militar por el dominio territorial en el macizo geográfico euroasiático.

La formación de Estados nacionales en Italia y Alemania se logró a expensas de Austria que quedó restringida a potencia del Danubio, con activa diplomacia en el sureste de Europa y en los Balcanes. En su histórico duelo con la casa real de los Hohenzollern por la supremacía en el mundo alemán, los Habsburgo resultaron definitivamente perdedores, al ser derrotados en 1866 por Prusia, en la campaña relámpago de Bohemia. Poco tiempo después, los

húngaros aprovecharon la debilitación de Viena e iniciaron una serie de revueltas que obligaron a la dinastía de los Habsburgo a transferir cierto poder a la aristocracia húngara; así, en 1867 el imperio austriaco se convierte en la monarquía dual austro-húngara. Lo único en común son la dinastía reinante misma y la política exterior.

La unificación alemana despierta en Francia preocupaciones de verse superados por un pueblo, una nación vecina y fortalecida. El nacionalismo francés adquiere nuevos bríos y en 1852 un sobrino de Napoleón Bonaparte, que había sido electo poco antes presidente de la Segunda República, reinstaura el imperio mediante un *coup d'état*. Con el nombre de Napoleón III, el nuevo monarca no hereditario y el último que habría en Francia, se lanza a las aventuras de expansión geopolítica más descabelladas: Se asocia con Austria para llevar un emperador a México; penetra en Indochina y, por medio de la llamada "segunda guerra del opio", le arranca a China concesiones territoriales e inicia una rivalidad con Prusia a la que termina provocando torpemente a una guerra en 1870, que trae como consecuencia la destrucción del segundo imperio francés (el último que conocería esa nación) y la consolidación del imperio alemán.

Con Bismarck como Canciller, la casa real de los Hohenzollern crea el II *Reich*, que se autoproclama heredero del reino (I *Reich*) medieval de Alemania. Fortalecido militar y geopolíticamente, este Estado nacional unificado entra en una etapa de acelerada industrialización y de expansión colonial que lo llevará a disputar con Gran Bretaña y otras potencias europeas y emergentes como Estados Unidos y Japón, el reparto de áreas de influencia en el Lejano Oriente, Asia Menor y África.

Por otro lado, la decadencia del imperio otomano (el "hombre enfermo de Europa"), en cuyo territorio luchan por su independencia numerosas nacionalidades y etnias, despierta apetitos de expansión de las potencias europeas. Una de ellas, la Rusia de los zares autocráticos, penetra activamente en el suroeste de Europa y Bessarabia (Oriente Cercano), presionando sobre las fronteras turcas. Esto desata la guerra de Crimea de 1854 a 1856, que se libra en el Báltico, el sur de Rusia y la península de Crimea, en el Mar Negro. Ésta es la primera guerra, desde 1815, en que participan las principales potencias de Europa. Gran Bretaña rompe su relativo aislamiento de la política europea y se alía a Francia y Turquía contra Rusia. Se movilizan efectivos militares en grandes números y se utilizan, por primera vez, buques y ferrocarriles de vapor para transportar tropas y avituallamientos. La administración militar no estaba preparada para lidiar con teatros de operaciones de gran envergadura y en donde la mortandad era elevada por falta de hospitales de guerra adecuados,

hacinamiento de heridos en espacios estrechos y mal ventilados, y carencia de asepsia. La labor de Florencia Nightingale viene a innovar el papel de la enfermería y de los servicios médicos de combate.

Rusia era una potencia militar por la disponibilidad de una abundante población joven, que le permitía levantar, aunque fuera forzosamente, ejércitos numerosos en poco tiempo y, desde luego, por la extensión de su territorio. Pero esa ventaja que había aprovechado en la época de las guerras napoleónicas, fue superada en la de Crimea por los avances tecnológicos y la organización de ejércitos modernos; Rusia fue finalmente derrotada. El efecto mayor de este desenlace se dio en el campo político y diplomático; Moscú cesó de intimidar a Turquía y en los Balcanes surgió una nueva nación cristiana, Rumania, a la que Austria protegió cuando los rusos amenazaron con ocupar los principados del Danubio, como se le llamaba anteriormente. La amistad entre los soberanos austriacos y rusos quedó debilitada y, para todo fin práctico, desapareció la Santa Alianza (Austria, Rusia y Prusia) contra los movimientos revolucionarios.

En Rusia no se habían intentado reformas de ninguna clase, desde Alejandro I, el zar que tan exitosamente enfrentó a Napoleón Bonaparte. Su sucesor, Nicolás I, impuso un rígido control sobre sus súbditos e hizo abortar tímidos intentos modernizadores dentro del ejército y la nobleza rusos. Por otro lado, fortaleció el aparato burocrático dentro de un panslavismo y una religión ortodoxa fanáticos, a fin de asegurar la integridad del territorio ruso e incluso su expansión. Bajo constante presión a los khanatos de Asia Central y a la China de la dinastía *Jing* (manchú), Rusia logra el control de la margen izquierda del río Amur (*Heilongjian*) y se funda Vladivostok, la salida natural al Pacífico Nororiental; extrac grandes concesiones a Persia (Georgia y parte de Armenia) y avanza hacia América del Norte, construyendo fuertes y asentamientos humanos en Alaska y el norte de California.

A media guerra de Crimea fallece Nicolás I y deja todos los problemas de la derrota a su sucesor; entre otros, la constatación de que Rusia requiere algunas reformas básicas de sus instituciones para poder generar un poderío nacional que esté a tono con el vasto potencial de un territorio de más de veinte millones de kilómetros cuadrados. Alejandro II lleva a cabo transformaciones importantes: declara la abolición de los siervos en el campo (lo que le da el título de “zar libertador”); inicia la construcción de ferrocarriles; se reforma, en fin, el sistema judicial y el de los gobiernos locales. Todo esto facilita una gran expansión de la agricultura, particularmente en el Cáucaso, y Rusia se vuelve el “granero de Europa”. Se inicia también la industrialización con el desarrollo de los campos petroleros de Bakú, el establecimiento de acerías

y la explotación de la hulla, la construcción naval y el inicio de la industria química en varias partes del país.

4. Las revoluciones sociales

Junto con el liberalismo y el nacionalismo surgen en el siglo XIX diversos movimientos revolucionarios que alcanzan sus momentos álgidos en los sacudimientos populares de 1830, 1848 y 1870-1871. En Austria, los Estados alemanes y Francia se dan estos sacudimientos revolucionarios, además de las sublevaciones recurrentes de polacos y otras nacionalidades subyugadas por los regímenes autoritarios de Prusia, Austria, Rusia o Turquía.

Entre esos movimientos reivindicadores está el socialista que se nutre no sólo de las experiencias más radicales y jacobinas de la revolución francesa, sino también de ideas igualitarias provenientes de los orígenes del cristianismo y de los llamados “primeros padres de la Iglesia”. El igualitarismo, que pretende tanto la igualdad social, política y civil, como la igualdad entre las clases sociales, da lugar al socialismo, concepto que se empezó a usar en Francia alrededor de 1830, para describir a las teorías, y sus autores, opuestas a los principios del mercado y la economía basada en el *laissez-faire*, que sólo, se afirmaba, beneficiaba a los ricos y a la naciente burguesía. El socialismo utópico del aristócrata Claude Saint-Simon (1760-1825), y de los llamados asociacionistas (Fourier y Luis Blanc en Francia y Robert Owen en Inglaterra), propugna por una distribución más justa de la riqueza y condena la propiedad privada sobre los medios de producción y de cambio, pero deposita en métodos de aculturación evolutiva y de proselitismo pacífico, la posibilidad de cambiar gradualmente a la sociedad de una basada en el egoísmo de la apropiación privada, a otra más civilizada y colectivista.

Carlos Marx (1818-1883), interpreta la sociedad de su tiempo de una manera más lúcida y proclama nuevas concepciones sobre la naturaleza de las relaciones sociales de producción y de apropiación, y con un enfoque científico explica la dinámica del capitalismo, sus contradicciones internas y el papel del proletariado en las revoluciones sociales. Junto con Federico Engels, Marx escribe en 1848 *El manifiesto comunista*, un brillante análisis de los movimientos sociales y del carácter revolucionario de los asalariados que, no teniendo otra cosa que perder excepto sus cadenas, estarían siempre dispuestos a detonar explosiones sociales que, a la postre, conducirían a cambios radicales de los sistemas vigentes.

Marx se equivocó al pensar que el fantasma que recorría Europa era el del comunismo y no, como efectivamente ocurría, el del nacionalismo. Los levantamientos de París de 1848 fueron contrarrestados y un exaltado patriotismo abrió las puertas a la restauración del imperio. Ni siquiera el liberalismo republicano sobrevivió a la fusión conservadurismo monárquico-nacionalismo francés de mediados del siglo. Fue hasta el desastre de la guerra con Prusia, que las revueltas populares llevaron de nuevo la revolución al poder, con la creación de la Comuna de París de 1871. Pero, este triunfo duró pocas semanas, mientras las clases dominantes lograban organizar, con el apoyo de los generales y las tropas derrotadas por los alemanes, la contraofensiva. La Comuna fue aplastada en medio de un baño de sangre que en unos cuantos días igualó en magnitud a la derramada por la época del terror, de 1793 a 1795. “Si algo pudo matar el mito revolucionario —escribe un autor⁵— tanto en su poder para aterrorizar como para inspirar, fue el horrendo fracaso de la Comuna de París. Sin embargo, eso no ocurrió... (pues los) revolucionarios tuvieron un nuevo episodio de heroísmo y martirologio que agregar a una corriente revolucionaria” que desembocaría en lo movimientos socialistas de fines del siglo XIX y las revoluciones comunistas de principios del actual, culminando con el triunfo de los bolcheviques de Lenin y otros destacados dirigentes rusos, en octubre de 1917.

Se puede decir, en resumen, que el siglo XIX fue escenario de sufrimientos, repartos geográficos entre las potencias y redistribución de zonas de influencia de las mismas, pero en medio de una constante transformación tecnológica y económica que, en conjunto, le dio estabilización a los sistemas sociales vigentes y hubo un saldo neto positivo en términos de bienestar general. Naturalmente que la formación de grandes fortunas privadas y el ascenso de las burguesías nacionales, junto con una industrialización que se expandió de Inglaterra a otras naciones europeas y no europeas, se hizo sobre los hombros de una creciente fuerza de trabajo que contaba con una mínima o ninguna protección laboral.

Desde el último cuarto del siglo XIX el capitalismo entró en una fase de consolidación en las sociedades donde se había iniciado, Gran Bretaña, las principales potencias europeas, Estados Unidos y Japón, apoyándose en un creciente neocolonialismo. La competencia por el reparto de África y de Asia entre las potencias europeas, se vio incrementada con la aparición de Estados Unidos, una democracia representativa en ascenso, y Japón, en donde la monarquía absolutista introducía reformas que llevarían a la industrialización

⁵ J.M. Roberts. *Op. cit.* p. 698.

del país. La institución del Estado evolucionó durante todo ese siglo de la ilustración hasta convertirse, hacia fines del mismo, en los países avanzados, en una maquinaria no sólo capaz de movilizar grandes sectores de la sociedad para fines militares, tanto en defensa de intereses internacionales de las potencias como para mantener el orden interno y reprimir los movimientos revolucionarios, sino también en una entidad con creciente intervención en la vida económica de las naciones.

En torno a esa figura del Estado contemporáneo, se alinearon conductas sociales que a la manera de jaulas de un zoológico encasillaron conjuntos de valores y aspiraciones bajo letreros que identificaban nacionalidades determinadas. Los rusos contra los austriacos, los alemanes contra los franceses, los británicos contra los alemanes, etcétera, fueron las jaulas nacionalistas en torno a las cuales las etnias sojuzgadas de los Balcanes y de otras regiones, como Irlanda, pugnan por su liberación. La conjunción del expansionismo colonial, con un acendrado nacionalismo, habría de crear sus propias antítesis que eran la revolución y el internacionalismo.

5. Internacionalismo, revolución y los Estados totalitarios

Al despuntar el siglo xx, el socialismo había creado una organización internacional en la que se daban cita revolucionarios y agitadores políticos profesionales de distintas corrientes y facciones. En Rusia, donde se había mantenido la conspiración a raya, aparecen hombres y mujeres dedicados, con una mística total, al derrocamiento del sistema establecido; anarquistas, nihilistas, antimonárquicos, anarco-sindicalistas y socialistas de varias escuelas irrumpieron en la escena política y social de una nación en la cual todavía el analfabetismo y el fanatismo religioso eran elevados, y la represión social se combinaba con un progreso económico monopolizado en una nobleza conservadora. En Alemania también se extendían las tendencias revolucionarias y en Austria, Inglaterra, los países nórdicos, Italia, Holanda y Bélgica, el socialismo reformista se unía al sindicalismo para transformar, desde la acción legal, las democracias que los engendraban. Junto con esta corriente de pensamiento y de acción revolucionaria, se nutrían otras tendencias como la del sionismo que se gestó en Viena con Theodoro Herzl, o la socialdemocracia de los hermanos Adler y Georg von Schönerer, líder del partido Pan-Germánico, precursor del nacionalsocialismo, así como la Democracia Cristiana, cuyo fundador fue Karl Lueger.

En el ámbito internacional, los Estados europeos lograban nuevamente una convivencia pacífica y sus disputas las trasladaban a la negociación y

concertación, o a la competencia por privilegios de esferas de influencia en las regiones geográficas periféricas. Sólo conatos de violencia en las áreas de colindancia cultural, por ejemplo el imperio otomano y las potencias cristiano-europeas, ensombrecían la paz. Los Balcanes era una de esas zonas de efervescencia creciente, donde los revolucionarios nacionalistas optaban frecuentemente por el terrorismo y el regicidio como forma de solucionar sus opresiones. Así fue cómo uno de estos actos de terror se constituyó en el pretexto que desató una nueva contienda bélica mundial: la denominada gran guerra de 1914-1918.

El romanticismo revolucionario de los años de la preguerra había recreado la ficción de que las clases trabajadoras jamás se enfrentarían unas con otras, en defensa de los intereses de los regímenes existentes y de las clases sociales dominantes. Los congresos de la Segunda Internacional Socialista y las conquistas obreras que se transmitían de unos países a otros, como una moda social, hacían creer que el internacionalismo socialista impediría que los proletarios ingresasen a ejércitos nacionales para defender valores aparentemente en desgaste. La realidad fue otra, pues en cuanto se declaró la movilización de Austria, Alemania y Turquía, por un lado, y de Rusia, Gran Bretaña, Francia, Italia, Bélgica y otros países, por el otro, los obreros, las clases medias, los empleados, tenderos y artesanos acudieron con un fervor nacionalista desconocido a alistarse para ir a los campos de batalla. Jamás el nacionalismo se había manifestado con tanta belicosidad y euforia como en la gran guerra, pero a medida que los combates se volvían estáticos y caían imperios (como el austro-húngaro, el ruso, el otomano y, finalmente, el alemán), el desánimo y la revuelta popular ocupaban el lugar del nacionalismo festivo.

En Rusia triunfan los bolcheviques gracias al desastre social que provocó la guerra mundial y toman el poder cuando menos se esperaba, mientras los ejércitos alemanes estaban todavía combatiendo en territorio que había sido dominio de los zares. En Alemania también surge, al final de la guerra, la ola revolucionaria y los espartaquistas, encabezados por Rosa de Luxemburgo y Augusto Liebeck, están a punto de acceder al poder en la rebelión que obligó a la rendición de Alemania y a la abdicación del emperador Guillermo II. Solamente un *putsch* de los oficiales del ejército detuvo la revolución y llevó al cadalso a sus dirigentes.

El triunfo de los bolcheviques en Rusia fue considerado un riesgo y una amenaza para los dirigentes europeos y de otros países, por lo que tan pronto se firmó el armisticio de noviembre de 1918, la diplomacia internacional se movilizó en una especie de nueva "Santa Alianza", pero ahora representada por repúblicas democráticas o monarquías parlamentarias, para aislar y, de ser

posible, estrangular el régimen que nacía en Rusia. Esta situación, aunada a la forma misma en que Lenin y los bolcheviques habían logrado encabezar un movimiento socialista del que originalmente eran minoría, condujo a que los dirigentes del nuevo régimen ruso, la Unión Soviética, buscasen como estrategia la consolidación del socialismo en un solo país y la supeditación del internacionalismo comunista a ese mismo fin. La Tercera Internacional Comunista fue un instrumento de agitación y divulgación ideológica para organizar movimientos socialistas en todo el mundo y promover la revolución, al igual que para defender al Estado soviético. Esto era una contradicción que se fue manifestando con mayor fuerza en la teoría y en la práctica de la formación de Estados socialistas, muchos de los cuales se pretendía alcanzar a través de alianzas sociales, o frentes comunes, de comunistas con otras fuerzas políticas como los nacionalistas, los anarquistas y en general todos aquellos que los países atrasados buscaban, bien la independencia nacional, o el derrocamiento de regímenes absolutistas que frente al exterior estaban bajo el dominio de potencias capitalistas.

En la década de los años veinte, las ideas políticas de las sociedades modernas se fueron polarizando entre liberalismo y estatismo, mientras que las aspiraciones nacionalistas eran nuevamente alimentadas por condiciones sociales de desigualdad. El capitalismo entraba definitivamente a estadios de mayor consolidación, pero todavía no era lo suficientemente fuerte como para desarrollar en pleno los programas de bienestar y protección social que restasen ímpetu a los movimientos de protesta y de rebeldía de los grupos sociales descontentos. El sistema internacional entraba a un nuevo orden político en el cual la potencia predominante era Estados Unidos, quien desplazaba a Gran Bretaña como centro cíclico y acreedor mundial. La economía se expansionaba o entraba en receso, como reflejo de lo que ocurría a la actividad productora estadounidense, y los sistemas monetarios de patrón de cambio-oro eran definitivamente sustituidos por otros en los cuales el dólar se convertía en la divisa de referencia cambiaria obligatoria.

El Tratado de Versalles llevó a una reorganización de la sociedad internacional que creaba nuevas injusticias al dar satisfacción a reclamos de las potencias victoriosas. En Europa se imponía a los vencidos indemnizaciones económicas y pérdida de territorios, que en lugar de ayudar a su reconstrucción, provocaron una agudización del desempleo y del hambre. Algunos países, como Alemania, recurrieron a la emisión acelerada de papel moneda para poder inyectar liquidez a su deteriorada economía interna, a la par que se volvían exportadores netos de capital a fin de pagar las indemnizaciones que les habían impuesto. La hiperinflación de 1921 en ese país precedió

simplemente una serie de ciclos de expansión-recesión, que el sistema mundial no pudo amortiguar y que dieron lugar a una desaforada competencia por el control de mercados, a base de bloques monetarios, controles cambiarios, proteccionismos comerciales de toda índole y utilización de las tasas de cambio para desplazar competidores (la llamada política de *beggar-thy-neighbour*).

El fracaso de las políticas anticíclicas de los Estados no hizo más que acentuar la fraccionalización del sistema económico mundial, la cual alcanzó sus puntos álgidos en la década de los años treinta. La gran depresión de los años 1929-1933, sumió al sistema capitalista a sus niveles históricos más bajos de empleo, producción y comercio, y las colas de desempleados que acudían a obtener caridad y alimentos gratuitos se convirtieron en la escena cotidiana de muchas metrópolis, al lado de las formas más extravagantes de vida y de cultura.

Por su parte, el sistema político internacional y la Sociedad de la Liga de las Naciones, con un principio de democracia universal directa (un país un voto), fue incapaz de solucionar conflictos entre países independientes, o de coadyuvar a la solución de diferencias en los territorios colonizados. Cuando movimientos políticos radicalmente nacionalistas dominaron los escenarios de las democracias occidentales, el sistema internacional resultó más inepto para contrarrestar la agresividad del nacionalsocialismo o del fascismo, que como movimientos opositores fueron gradualmente apoderándose del poder en Italia, Alemania, Austria, Checoslovaquia y España. Otras potencias expansionistas, como Japón, se quedaban con las concesiones alemanas en China y desde ahí lanzaban su política de “esferas de coprosperidad” para disfrazar su dominio imperial sobre China y preparar su lanzamiento como potencia en el Pacífico.

El Estado totalitario surge en esas dos décadas posteriores a 1918, como expresión de reivindicaciones populares que se fusionaron con reclamos nacionalistas, rencores de clase y valores etnocéntricos que parecían dormidos en el romanticismo bucólico o en la mitología precristiana. En el caso de la revolución bolchevique, la pugna por el poder de los herederos de Lenin, más la propia concepción de éste de convertir a los partidos comunistas en órganos de una autoridad piramidal y una disciplina partidista que rayaba en lo absurdo, llevaron a la justificación de un totalitarismo socialista afinado por la manía de Stalin de controlar todo y sospechar de todos. Así se da el caso histórico de que fascismo, nazismo y comunismo, convertidos en Estados, se asemejan en cuanto a su concepción de poder total del Estado y al mismo tiempo se constituyen entre sí en adversarios irreductibles. El Pacto Stalin-Hitler fue apenas una concesión temporal entre ambas partes, para poder, cada una de ellas, realizar sus planes de expansión o de consolidación.

La segunda guerra mundial surge ante la imposibilidad de contener por medios políticos la desmedida ambición de Adolfo Hitler y su partido nacionalsocialista, de apoderarse de territorios de Europa Central y del Este. A diferencia de la anterior guerra, las masas de los países involucrados no van con el entusiasmo nacionalista de sus predecesores e incluso se resisten a un alistamiento voluntario y solamente la conscripción los hará reaccionar. Por su magnitud geográfica, de recursos empleados y de destrucción a ciudades y objetivos civiles, esta contienda bélica no tiene paralelo alguno en la historia de la humanidad. La conclusión de la misma trajo la destrucción del fascismo y del nazismo y la aparición de la Unión Soviética como potencia mundial. El nuevo orden político que se construye después de 1945, se fundamenta en instituciones en las cuales la democracia internacional es representativa y las potencias victoriosas de la guerra adquieren el derecho de veto. Las Naciones Unidas se crean para evitar nuevas experiencias que desquicien la paz mundial, para mantener la estabilidad y el desarrollo generalizado de los pueblos y para, en caso extremo, imponer la paz misma. En lo político, la nueva organización refleja el reparto de poder que aparece en el mundo y que durante los subsiguientes 45 años habría de mantenerlo sin una nueva guerra generalizada y dividido en dos polos de poder ideológico, militar y político.

Internacionalismo y nacionalismo se siguen alternando e incluso mezclando en los fenómenos y conflictos políticos que se viven en todo ese periodo bipolar, también llamado de la guerra fría. Los adelantos científicos y tecnológicos se multiplican a un ritmo vertiginoso innovando y modificando los sistemas de producción, de comunicación y la vida misma de las sociedades modernas. Se llega, incluso, a creer que la globalidad de los fenómenos sociales modificará indefectiblemente la concepción misma del Estado y que éste tiende a desaparecer conforme dicha globalidad e internacionalismo se consolidan en experimentos como la Comunidad Europea. Así como el Estado moderno se perfila como tal desde los siglos XVIII y XIX (en las guerras napoleónicas, por ejemplo, los Estados movilizaron recursos equivalentes a los que dispusieron en las dos guerras mundiales del siglo XX y ya desde 1810 controlaban entre 25% y 35% del Producto Nacional Bruto de los países "avanzados"),⁶ muchos investigadores creen que la verdadera modernidad del mismo se da en el siglo actual y que a partir de los últimos años, los Estados nacionales van hacia su desaparición en un posmodernismo que, prematuramente, ya muchos proclaman.

⁶ Ver las estimaciones de Michael Mann sobre cinco Estados: austro-húngaro, francés, británico, prusiano-alemán y estadounidense. "The Sources of Social Power, v. 2: The Rise of Classes and Nation-States: 1760-1914." [s.l.] Cambridge University Press, 1993.

6. Nuevo carácter del nacionalismo

Primero la caída del Muro de Berlín, y luego la dramática desaparición de la Unión Soviética, hicieron pensar a muchos en el advenimiento de una nueva era mundial, libre de confrontaciones ideológicas y bipolarismos de poder, más proclive a la estabilidad y la paz y con el predominio de paradigmas como la economía de libre mercado y la democracia representativa. Esto, junto con la globalización de la economía, la cultura y la política, garantizaría una homogeneidad de criterios gubernamentales tal, que prácticamente se anunciaba el fin de los Estados-nacionales y de la separación de la población mundial en compartimentos-estancos llamados naciones.

Dos años después de ocurridos tan dramáticos sucesos, el internacionalismo cede el lugar a nuevas formas de nacionalismo conectadas más con categorías étnicas y culturales, que con aspectos más tradicionales de naciones. Las sociedades multirraciales han empezado a demostrar síntomas de gran debilidad y dispersión, especialmente en la ex Unión Soviética y en Yugoslavia.

La desintegración del “imperio soviético”, calificado así por la existencia de una alianza, en la cual Moscú era el centro y los demás países socialistas los satélites, produjo también una redefinición radical de fronteras en Europa. No debe olvidarse que la defensa del *statu quo* territorial fue una constante preocupación de los dirigentes soviéticos desde José Stalin hasta Michael Gorbachov. Los Acuerdos de Yalta de 1945 quedaron incompletos en lo referente a la distribución de zonas de influencia una vez que se completara la derrota de la Alemania nazi y, a diferencia de otros resultados de esa reunión, lo concerniente a la división en Europa quedó siempre sujeto a interpretaciones posteriores. La guerra fría, como tal, se inició por la disputa en el control de los Estados que habían sido invadidos por Alemania, y la URSS desplegó toda una diplomacia y estrategia militar para asegurar la fidelidad de Europa Oriental.

La doctrina de Leonid Brezhnev de “soberanía limitada” que se impuso a los países miembros del Pacto de Varsovia, no era más que una concepción más acabada y afinada de lo que sus predecesores se empeñaron en defender. En realidad, Moscú tenía razones históricas suficientes para desconfiar en el resurgimiento de Alemania y por ello buscó una zona geográfica que amortiguara, o sirviese a manera de colchón, las presiones de Occidente.

Por su parte, Estados Unidos vio en la paranoia soviética del mantenimiento del *statu quo* fronterizo en Europa, designios de conquista o de subversión de las sociedades democráticas, y para prevenirlo se fortaleció una alianza militar anticomunista (OTAN). El resultado de esta confrontación de intereses y concepciones opuestas fue la división entre Europa del Este y del Oeste, que

originó crisis como las de Berlín, Budapest y Praga, que estuvieron a punto de desencadenar una nueva guerra. Para evitarla, soviéticos y estadounidenses se empeñaron en encontrar fórmulas de coexistencia más o menos pacífica, con el concurso de otros países de la región que en forma crecientemente independiente fueron desarrollando su propia concepción de seguridad europea, desde el año de 1947 al de 1975. En este último, la Conferencia Sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), logró en Helsinki la consolidación del concepto de inviolabilidad de fronteras en Europa. Lo que Moscú no había obtenido después de Yalta, finalmente resultó en Helsinki.

Irónicamente, la desaparición de la Unión Soviética en diciembre de 1991, marca también el inicio de la ruptura del *statu quo* fronterizo de la segunda posguerra. Prácticamente de la noche a la mañana surgieron 11 nuevos Estados que, aunados a los tres del Báltico cuya separación de la URSS se había obtenido poco tiempo antes, más la secesión de Eslovenia y Croacia de la Federación Yugoslava y la división de Checoslovaquia, hacen un total de 17 países nuevos. Este sólo hecho constituye un revés a la idea optimista de una nueva época en donde la racionalidad se impondría sobre otras consideraciones políticas y étnicas.

Junto con la desintegración de naciones multirraciales se ha presentado un renacimiento de las culturas y valores tradicionales entre diversas etnias europeas. La guerra civil en Yugoslavia rebasa todo lo imaginable en conflictos de esta naturaleza y la violencia ahí desatada incursiona nuevamente en estadios sociales aparentemente superados. Las operaciones de limpieza étnica, violación colectiva de mujeres, crueldad con los niños y exterminio de prisioneros sólo se explica en el contexto de conglomerados humanos que pretenden no únicamente la supremacía sobre sus vecinos, sino el total desarraigo de éstos e incluso la pérdida de su identidad cultural o religiosa. Muchos de los excesos que hoy se ven en la televisión, se leyeron antes en los informes de observadores internacionales en las guerras de los Balcanes de 1912 y 1913.⁷

Lo más preocupante de la crisis de Yugoslavia es su posible repetición, pero magnificada, en la Comunidad de Estados Independientes, donde ya se está combatiendo en Georgia, Azerbaiján, Armenia y Kirguizia. Más recientemente, los sangrientos sucesos en Moscú que terminaron, por el momento, con la rendición de los parlamentarios opositores a Boris Yeltsin, abren mayores

⁷ Para una rápida comparación de lo que ocurre hoy en Yugoslavia con los Balcanes a principio de siglo, ver el ensayo de George F. Kennan. "The Balkan Crisis: 1913 and 1993". *The New York Review of Books*. [New York], 15 de julio de 1993.

riesgos a la integridad de la Federación Rusa, dentro de la cual también hay minorías étnicas que, en diversos grados, pretenden autonomía e independencia.

El nuevo nacionalismo que aparece en Europa lo es no en el sentido intrínseco del término, sino en relación con la pulverización de naciones Estado que parecían firmemente establecidas y el renacimiento de valores culturales tradicionales como manifestación básica de diversos pueblos. Además de los casos europeos citados, están los brotes de reivindicación étnica en Sri Lanka, India, Pakistán, Somalia, Nigeria, Medio Oriente en general, etcétera. A mayor abundamiento, hay macroconflictos superpuestos al neonacionalismo, entre culturas y religiones distintas, especialmente entre el Islam y las religiones cristiano-judaicas. Esto que Samuel P. Huntington llama “el choque de las civilizaciones”⁸ y que viene a sustituir las pugnas ideológicas, como fuente de fricción y rivalidad en el mundo de la supuesta “post-modernidad”.

⁸ *Ver Foreign Affairs*. [s.l.] v. 72, n. 3, verano de 1993. p. 22-49.
